



Universidad
Católica del
Uruguay

Facultad de Ciencias Humanas
Licenciatura en Comunicación Social

Lo que la Católica te da, Búsqueda te lo multiplica

Martín Prato

Tomás Linn

Diciembre 2019

Los autores del Trabajo Final de Grado son los únicos responsables por sus contenidos, así como por las opiniones expresadas, las que no necesariamente son compartidas por la Universidad Católica del Uruguay. En consecuencia, serán los únicos responsables frente a eventuales reclamaciones de terceros (personas físicas o jurídicas) que refieran a la autoría de la obra y aspectos vinculados a esta.

Resumen

En el ámbito periodístico la dicotomía entre si la labor es considerada un oficio o una profesión es motivo de debate entre los que ejercen y/o enseñan sobre periodismo. A esa discusión, últimamente se le ha sumado otra. ¿La carrera universitaria de Comunicación tiene la capacidad para formar periodistas? ¿Es necesario enseñar periodismo o la única manera de aprender es a través del ensayo y error dentro de las propias redacciones de los medios de comunicación?

El objetivo de este TFG es contar sobre mi doble experiencia. La experiencia universitaria y los conceptos de autores incorporados allí, tanto en los talleres de periodismo como en las clases teóricas. Y por otro lado, detallar mi experiencia laboral en el Semanario Búsqueda donde cuento las diferentes situaciones vividas en la redacción mientras ejercía la profesión periodística.

En mi Trabajo Final de Grado concluyo que, si bien el periodismo tiene un gran porcentaje de aprendizaje en el campo laboral, en mi caso hubiese sido imposible ejercerlo sin la base teórica, práctica y ética adquirida en los cuatro años de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Católica.

Palabras clave: periodismo, evaluación formativa, práctica profesional.

Lo que la Católica te da, Búsqueda te lo multiplica

En la carrera universitaria, el aprendizaje es lento y paulatino. A los 18 años la burbuja se rompe y el mundo comienza a ser más grande de lo que parece. A medida que pasan los años, las calles que escuchaba en las conversaciones de “gente grande” empiezan a tener las marcas de los champions (es raro pensar en algún estudiante de zapatos) y las líneas de ómnibus que marcaban destinos a los que nunca imaginaba llegar, comienzan a ser parte del recorrido, en algún caso más frecuente que otro.

Son cuatro años de aprendizaje muy nutritivos para el estudiante. Y que corren dentro de los carriles ideales para una persona que va haciendo la transición, cada vez más lenta, entre la adolescencia y la adultez. Entre la ingenuidad y la responsabilidad. Entre el estudio por obligación y necesidad y el estudio por gusto e interés.

Por el otro carril, la carrera profesional no espera. No le importa que esté madurando o si mi mentalidad se asemeja a la de una de una persona de mayor o menor edad. No acompaña. Suele llevar por delante, a veces sin asimilarlo. Como dice una estrofa de la canción “Brindis por Pierrot”, compuesta por Jaime Roos, te “larga a la cancha sin preguntarte si querés entrar”. Como la vida misma.

La carrera universitaria me formó. Me dio herramientas a incorporar. Amigos, crecimiento y aprendizaje continuo. A medida que fui avanzando, la exigencia se intensificó. Pero la carrera profesional es bastante más intensa desde el primer día. Es un aprendizaje continuo pero con una velocidad de años luz.

En la licenciatura en Comunicación Social, las herramientas fundamentales van adquiriéndose de forma pausada e integral. Pero no solo durante los talleres de tercer y cuarto año del énfasis elegido. Desde el primer año va formando un pensamiento crítico y una capacidad de cuestionamiento constante. Ayuda a cambiar la forma de pensar, a ver diferente. Es el comienzo del aprendizaje. El pequeño primer paso.

Los conceptos de la oratoria, claves para todas las orientaciones que después se decidan cursar, van haciendo mella durante los cuatro años. Así también los fuertes talleres de escritura que introducen y forman a futuros apasionados de lo escrito. Así como conocer y aprender las herramientas digitales también forman futuros profesionales de lo audiovisual. Pero aparte de lo práctico, los conceptos teóricos de las diferentes materias ayudan a formar un pensamiento crítico, analítico a la hora de cómo

ejercer y profundizar en la profesión. Más de una vez, en la carrera profesional, uno se acuerda y dice “menos mal que esto lo di en facultad”.

A partir del ingreso al énfasis en Periodismo, en el tercer año de la carrera, las herramientas a incorporar son más intensas y más comparables a lo que será la vida profesional. La redacción de textos periodísticos y sus diferentes formatos, la concreción de entrevistas y sus posteriores cancelaciones, entre otras experiencias, forman parte de esos dos años en los que el estudiante inocente se termina de convertir en periodista. Es el segundo paso hacia la carrera profesional. Un proceso escalonado de aprendizaje que no para ni parará hasta la jubilación.

Los antiguos periodistas suelen argumentar que la característica del trabajo periodístico es más de oficio que de profesión. Y que la experiencia; y el ensayo y error es la única forma de aprender. Que la facultad da herramientas pero no da “cancha”. Y el periodismo es “cancha, calle y suela”. El extinto escritor (y originalmente periodista), Gabriel García Márquez, era uno de quienes defendía la postura de que el periodismo no se aprendía en una aula sino en una redacción.

Hace unos cincuenta años no estaban de moda las escuelas de periodismo. Se aprendía en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto. Pues los periodistas andábamos siempre juntos, hacíamos vida común, y éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo. El trabajo llevaba consigo una amistad de grupo que inclusive dejaba poco margen para la vida privada (...) La misma práctica del oficio imponía la necesidad de formarse una base cultural, y el mismo ambiente de trabajo se encargaba de fomentarla. La lectura era una adicción laboral. La creación posterior de las escuelas de periodismo fue una reacción escolástica contra el hecho cumplido de que el oficio carecía de respaldo académico. Ahora ya no son sólo para la prensa escrita sino para todos los medios inventados y por inventar. (...) Los muchachos que salen ilusionados de las academias, con la vida por delante, parecen desvinculados de la realidad y de sus problemas vitales, y prima un afán de protagonismo sobre la vocación y las aptitudes congénitas (...) Algunos, conscientes de sus deficiencias, se sienten defraudados por la escuela y no les tiembla la voz para culpar a sus maestros de no haberles inculcado las virtudes que ahora les reclaman, y en especial la curiosidad por la vida. (García Márquez, 1996)

Este discurso de García Márquez, pronunciado en 1996 en la Sociedad Interamericana de Prensa, mostraba lo referido anteriormente sobre el periodismo como oficio. El ensayo y error como forma de aprendizaje. Ser autodidacta te hacía periodista.

A través del paso del tiempo, como explica García Márquez, el periodismo comenzó a estudiarse. Tanto en talleres cortos que intentaban simular una redacción o un taller de radio o televisión así como luego en las universidades con las carreras de Ciencias de la Comunicación (Comunicación Social en el caso de la Universidad Católica del Uruguay). Desde ese momento fue cuando la dicotomía oficio/profesión comenzó a verse.

Por el lado de quiénes lo definen como profesión aparecen otras voces. El portal de internet chileno PuroPeriodismo.cl entrevistó a periodistas y académicos de su país sobre esta discusión. Lyuba Yez, periodista del Grupo Turner y docente de la Universidad Católica de Chile manifestó lo siguiente.

No veo lo profesional como la caricatura de una fábrica de salchichas o la imagen de un grupo de reporteros corriendo tras una misma fuente, no veo en lo “profesional” falta de originalidad, olfato o suspicacia. Tampoco en tener solamente un título. El periodismo es una profesión porque su base original le exige una responsabilidad y una preparación, además de una ética cotidiana que sí o sí nos diferencia como periodistas de cualquier otro comunicador. Puedo escribir bien o ser capaz de armar una excelente pieza audiovisual, pero si no entiendo el para qué de este trabajo, la razón por la cual es clave en una sociedad, o tampoco entiendo que yo como periodista soy parte de un contrato social con el público, le restaría valor a una ocupación que es mucho más que responder las preguntas básicas, conseguir las fuentes o escribir bien. (Yez, 2014)

Sergio Godoy, director del doctorado en Ciencias de las Comunicaciones de la Universidad Católica de Chile, fue en la misma dirección.

Quizás la principal diferencia de concebir al periodismo como profesión y no como un oficio tiene que ver con la complejidad con la que se le concibe y enseña, lo cual implica al menos reflexionar sobre los aspectos éticos y de impacto colectivo que tiene. En una universidad seria y compleja, no basta con aprender técnicas para escribir “bien” (decir cosas complicadas en lenguaje claro y directo), sino saber discriminar entre fuentes, saber ajustar los mensajes a los soportes de difusión disponibles, saber interpretar el entorno PEST (político, económico, social, tecnológico), comprender a los públicos, tener entereza y conocimientos suficientes de legislación para enfrentar los intentos de manipulación, integridad para al menos ser transparente en las posiciones ideológicas que uno sustenta (ante la dificultad o imposibilidad de ser objetivos), comprender las implicancias y repercusiones de lo que se está relatando, entre otras cosas. (Godoy, 2014)

Por esa razón, es que mi trabajo final de grado se va a encargar de mostrar las diferencias entre la facultad, la carrera y la profesión periodística. Su diferente rutina,

sus diferentes presiones, sus diferentes horarios. Las cosas con las que hay que lidiar en una y las (complejas) que se deben padecer en otra. Me basaré en mi experiencia durante 2018 en el Semanario *Búsqueda*, una de las últimas redacciones en donde el periodismo se parece más a una película de los 80' que a una historia de Instagram del 2019.

Pero también, mostraré y argumentaré por qué yo creo que el periodismo que se enseña en la Universidad Católica es una profesión y no un oficio. Por qué considero muchas herramientas de la carrera suelen ser más que útiles en la carrera profesional. Por qué creo que nunca se deja de aprender, más lento y paulatino o más rápido e intenso. En la carrera universitaria, en lo laboral o en la vida misma.

La forma en la que relataré mi experiencia será como un “cuaderno de bitácora”. De forma cronológica, iré contando mis primeras situaciones de aprendizaje académico y humano dentro de la universidad para ir luego pasando hacia mi experiencia en la redacción de *Búsqueda*. Pero además de contar las experiencias vividas, reflexionaré sobre cada contenido aprendido e incorporado en cada una de las situaciones. Porque todo lo que sucede en la vida te deja una marca imborrable. Y esos cuatro años de carrera más el año en la redacción llevaron consigo una maduración que se verá reflejada a medida de que vayan transcurriendo las páginas de este Trabajo Final de Grado.

Experiencia UCU

La Universidad Católica del Uruguay aparece dentro de los lugares más visibles del barrio de la Blanqueada, un barrio conocido por ser la localidad del Club Nacional de Football. Ahí, en ese barrio, miles de jóvenes comienzan a vivir el camino de dejar la adolescencia y transitar el comienzo a la adultez. Ya el estudio deja de ser una obligación de los padres y pasa a ser una decisión personal. En el liceo, no estudiar es un motivo de orgullo y molestar al docente es una forma de liderar entre los compañeros. En la universidad, no. Eso ya significa comenzar a madurar.

Al ingresar a la carrera de Comunicación Social uno se encuentra con muchos cambios. En la parte humana, para comenzar, el mundo comienza a expandirse. Como se dice coloquialmente “la cabeza se abre”. Conocemos compañeros nuevos de diferentes barrios y contextos. Aparecen intereses de esparcimiento que antes nos eran desconocidos y los temas de conversación van cambiando. Los grupos se van

afianzando, las reuniones para estudiar o para hacer un trabajo domiciliario se transforman en horas y horas de charla que nada tienen que ver con el trabajo en sí, pero que aportan mucho en la parte humana, en el sentirse acompañado durante la carrera.

Por otro lado está la carrera en sí misma. La experiencia universitaria del desarrollo de competencias, del aprendizaje teórico y de las evaluaciones académicas mediante pruebas de parcial o examen. Los primeros años de núcleo común en los que se descubren cosas nuevas y se adquieren habilidades desconocidas hasta ese momento. Y que se incorporan conceptos teóricos y prácticos para el futuro para la carrera profesional.

Las diferentes materias del núcleo común confirman intereses previos, descubren nuevos y profundizan en aquellos que de los que había alguna noción. Ayudan a ver el “atrás” de la comunicación. Lo que no se ve, la teoría. A entender los procesos que después llevan a que uno analice una pieza comunicacional de forma diferente. Esas posibilidades no te las dan los talleres de periodismo de institutos de formación ni los distintos cursos prácticos de pocos meses de la rama audiovisual o publicitaria.

Asignaturas teóricas como las diferentes teorías de la Comunicación que se cursan durante los cuatro años de carrera ayudan a la posterior profesión. A partir de leer a Shannon y a Weaver uno empieza a ver los procesos elementales de la comunicación. Que no todo sucede porque sí ni es al azar. También sucede con Laswell y su teoría de la aguja hipodérmica para entender la importancia de los medios en el comportamiento de la sociedad. O con la escuela de Frankfurt y su crítica furibunda hacia los medios masivos.

Para la carrera profesional no es lo mismo entrevistar a un personaje público con esa base teórica que sin ella. Porque toda esa base teórica ayuda a leer entre líneas los mensajes, los destinatarios y los códigos manejados.

Por ejemplo, sucede con Semiótica y Lingüística. No es lo mismo leer una declaración política luego de haber cursado esas asignaturas. Porque somos capaces de entender cuando un político dice algo, cómo lo dice y por qué lo dice de esa forma. Más de una vez, luego de realizada una entrevista, conversábamos en medio de la redacción de Búsqueda por qué tal personaje político declaraba de determinada forma. Y sin

darnos cuenta, ya teníamos conceptos incorporados de la carrera impregnados en la conversación cotidiana.

En Antropología Filosófica, entendimos el concepto de la “posmodernidad”. Ese concepto que indica que el ser humano vive en una incertidumbre constante, sin tener claro hacia dónde ir, con una inestabilidad permanente. Un concepto para ponerle una etiqueta a lo que todos los estudiantes estábamos viviendo mientras estudiábamos ahí y ahora también experimentamos en nuestras vidas laborales. La posmodernidad explica de la manera que hoy transcurre nuestra vida sin saber hacia dónde vamos ni que objetivo tenemos ni a donde queremos llegar. Y ese concepto fue fundamental para entender nuestra posición frente al mundo y la vida. Porque los aprendizajes no solo aportaban para la carrera profesional, sino también para lo personal.

Esas asignaturas, en el momento que se cursan, parecen pesadas y suelen dar conceptos que uno piensa que nunca los va a incorporar. Pero sí. Toda esa teoría, que se va incrementando a medida de que la capacidad de análisis aumenta, se hace inherente y queda impregnada a la hora de ejercer la profesión. Es otra etapa más del aprendizaje. Otra forma de crecer. Y de seguir “abriendo la cabeza”.

Por otro lado, están las asignaturas prácticas. Las fundamentales para transmitir el mensaje. La escritura, en mi caso, fue en la competencia que más me destacó. Pero las presentaciones orales, en diferentes asignaturas, también fueron parte de lo adquirido. Como la fotografía y la enseñanza de las herramientas de diseño gráfico. Incluso lo audiovisual que, con el aprendizaje en el manejo de equipos de video, de audio y programas de edición, también sirven para ejercer el periodismo.

Todas esas experiencias van acompañadas de un crecimiento personal y de una maduración paulatina. De nuevas relaciones, interacciones y conocimiento humano. La parte humana entre compañeros. Donde hay una competencia sana y una idea de ayuda mutua. Algo que no siempre está en la carrera profesional, donde otros intereses y miserias entran en juego.

La universidad mueve estructuras. De pensamiento, de conocimiento, de crecimiento. Es, en mi opinión, el mayor valor de los cuatro años. Cuando se debe pasar a elegir el énfasis, aquellos que dudan pasan momentos de estrés. Yo ya lo tenía decidido. Periodismo era la única opción que tenía en mente desde que había ingresado a la carrera. Y los siguientes dos años fueron muy importantes para descubrir nuevas

cosas, sacar muchos mitos e incorporar técnicas que, hasta hoy, sigo aplicando en mi carrera profesional.

Comenzar a entender el periodismo

Gustavo Rey en Periodismo Radial. Tomas Linn en Periodismo Escrito I. Dario Klein en Campo profesional. Con esos profesores y materias se comenzaba el quinto semestre de la carrera. El primero en el énfasis en Periodismo.

Primer día de clase. Corría el año 2016. Gustavo Rey nos hace presentarnos adentro del estudio de radio. Quiénes éramos, por qué estábamos ahí, y cuál era nuestra idea a futuro y qué tipo de periodismo nos gustaría hacer. Recuerdo agarrar el micrófono y temblar de nervios durante mi presentación. Y salir del estudio con una sensación de alivio. Pero convencido de que me gustaba y quería mejorar.

A la segunda hora, ingresamos a la sala de prensa junto a mis compañeros. Ahí nos esperaban Tomás Linn y Daniela Hirschfeld para dar la clase. Otra vez nos presentamos y nos enseñaron los contenidos a dar en el curso. Diferentes formatos de periodismo escrito. Crónicas, entrevistas, perfiles, columnas de opinión. Todo eso se daría en 16 semanas. Luego debatimos sobre temas de actualidad política, nacional o internacional, para testear que tan informado e interiorizado estaba cada uno. Al finalizar la clase, Tomás dijo algo que hasta hoy recuerdo. “Como periodistas ustedes tienen que saber de todo. Mirar lo que mira la gente. Escuchar de lo que habla. Sepan si renunció un presidente o traten de entender qué culpa tiene Fatmagul”, en referencia a una popular novela turca que se emitía en Canal 10 en ese entonces.

Más o menos, en esas palabras, Tomás sintetizó la esencia del periodista. Estar atento a todo, desde la información política más dura y técnica hasta lo que habla el hombre de la calle que va por 18 de Julio al trabajo. Desde saber lo que es el “investment grade” o cómo se mide la inflación hasta si Victoria Rodríguez cometió un furcio en su programa de televisión o si Peñarol va a cambiar el sistema táctico porque no se le vienen dando los resultados y los hinchas no soportan otra derrota más.

Con Campo Profesional sucedió algo similar. Solo que no escribiríamos sobre temas a seleccionar por nosotros. Había áreas de cobertura, como si fuese una redacción de un diario y debíamos seleccionar una. En esa primera clase, los términos de la jerga periodística comenzaban a sentirse cada vez más en nuestros oídos. “Fuentes”, “hablar

off the record”, “cáscaras de banana”, “pasar gato por liebre”. Con un compañero seleccionamos Presidencia. Debíamos conseguir noticias de todo lo que rodeara el edificio de la Torre Ejecutiva. Información propia. Empezar a llamar y a presentarse. “Hola, soy Martín Prato, estudiante de comunicación y quisiera hablar contigo para coordinar una entrevista”.

Al finalizar la primera clase, cuando todos ya habíamos seleccionado nuestra área de cobertura, Darío manifestó, entre otras palabras, lo siguiente: “Pasen desapercibidos. Camúflense. No se puede ir a cubrir Presidencia vestido de jean y matera o ir a una central sindical de traje y corbata”. Otra frase de la primera semana sobre la esencia del periodismo. Era imposible lograr confianza con una persona de determinado lugar si no te mostrabas como un par. Si no hablabas su mismo lenguaje. Todos esos mensajes los incorporaría en Búsqueda cuando me tocara cubrir diversas áreas.

Con el correr del primer semestre de la orientación, el conocimiento de la profesión pasaba a ser mayor. Diversas entrevistas en el estudio de radio y el armado de los programas con sus diferentes contenidos provocaban que empezáramos a tener una noción sobre ese formato. Con Periodismo Escrito sucedía algo similar. A medida que pasaba el semestre las tareas se iban complejizando. Primero era escribir una noticia dentro del horario de clase. Más adelante, hacer una entrevista a algún personaje público, lo que llevaba tener que realizar diferentes tareas que, a la larga, resultarían habituales en lo laboral. Coordinar la entrevista (muchas veces sucedía que los interesados a entrevistar no accedían y eso implicaba un cambio en la planificación, stress mediante), investigar sobre el entrevistado, pensar preguntas y posibles prepreguntas, realizarla y luego escribirla, en formato perfil o en “pregunta-respuesta”. Eran pequeñas cosas que te iban formando en la profesión y que intentaban asemejar la experiencia universitaria a la laboral. Práctica constante. Ensayo y error. Era aprender todo el tiempo. Sin todo ese bagaje, hubiera sido muy complejo el ingreso a una redacción periodística.

Más adelante vinieron las crónicas sobre algún acontecimiento en el que se debía estar in-situ, los informes sobre determinado tema de actualidad y/o historias sobre un lugar emblemático de Uruguay.

Con Campo Profesional la situación también comenzó a complejizarse. Conseguir fuentes o información no era sencillo siendo estudiantes de comunicación. A su vez, chequear esa información todavía resultaba más complejo. Pero era parte de la profesión. Y debíamos entenderlo. Muchos compañeros ahí cayeron en la cuenta de lo que significaba ser periodista y qué era lo que te diferenciaba de un comunicador. Algunos hicieron el cambio de énfasis y pasaron a estudiar otra rama de la comunicación. O al menos pensaron en esa posibilidad.

Al finalizar ese primer semestre, la noción sobre lo que el periodismo significaba era mayor. Habían pasado entrevistas, charlas y reuniones. Habían transcurrido horas de radio y de páginas escritas. Habían pasado profesionales de la profesión a contar su experiencia, a dar recomendaciones y a felicitarnos por querer ser periodistas en un momento donde la profesión pasaba (y pasa) por un momento de crisis debido a los cambios en el consumo mediático de las diferentes audiencias.

Al comienzo del segundo semestre de tercer año, varios estábamos realizando nuestras primeras pasantías en los medios de comunicación. En mi caso, fue en la producción de El Observador TV en el horario de la tarde. El primer semestre me había facilitado ciertas aptitudes que ahí debía capitalizar. Perder la vergüenza ante una llamada a algún personaje público, saber coordinar la logística de las diferentes entrevistas y también ayudar en la producción de los contenidos. Era muy diferente el trato que los personajes públicos tenían cuando se uno se presentaba como “estudiante de comunicación de la Universidad Católica” a cuando se los llamaba de parte “de la producción de El Observador TV”. Eran otros tonos, otro respeto, otra investidura. Primera diferencia que notaba(mos) apenas ingresaba al mundo laboral. Era todo aprendizaje.

En el segundo semestre tocaba explorar el lenguaje televisivo. Los informes televisivos como si fuese un noticiero era lo que aprenderíamos. Ensayo y error, nuevamente. Utilizar las cámaras para filmar, los micrófonos para grabar las voces y el sonido ambiente, aprender a escribir un guión y a editar los contenidos. Todo se tornaba más desafiante y a su vez más parecido a la experiencia profesional. Los informes que realizamos con un compañero fueron sobre la reciente noticia (en aquel momento) de que se habían abierto los registros para vender marihuana en las farmacias y sobre el (difícil) momento que vivía el rock uruguayo que no conseguía captar la audiencia que había tenido sobre los primeros años de la década del 2000. En esa materia, buscar y

convencer a las fuentes para que aparecieran frente a una cámara era mucho más complejo que pedirles una entrevista escrita o radial. Otra diferencia sustancial que también nos hizo crecer como periodistas.

La última entrega consistía en realizar un informe para el informativo (que se transmitiría como si fuese en vivo) de la Universidad. Debíamos buscar noticias de todo lo que rodeara al ámbito universitario. Las primeras propuestas que pensamos consistían en contar sobre las novedades que la UCU pensaba para el año siguiente. Alguna carrera nueva y sus características, la cantina recién inaugurada o las actividades de voluntariado que la Universidad proporcionaba. Pero los profesores nos hicieron ver que esa forma de pensar era incorrecta. Era un informativo, había que contar noticias que no se supieran. Y era periodismo. No era publicidad ni comunicación corporativa para contar solo la “parte buena” de la Universidad. Esa lección avala lo que manifestó el periodista inglés, David Randall, en su libro “El periodista universal”. Según Randall (2008) “para hacer una buena investigación hay que preguntarse de continuo, ¿qué hay detrás de esto? Intentar averiguar el por qué, así como el qué, el donde, el quién y el cómo” (p.73)

El enfoque de nuestras propuestas cambió. Terminamos realizando un informe sobre la construcción del nuevo estacionamiento. En ese entonces, las obras estaban paralizadas hacía más de medio año lo que dificultaba el tránsito de las calles cercanas y provocaba quejas de los vecinos que debían dejar su auto a más de cinco cuadras de sus casas. Durante ese curso, Darío Klein nos dejó otra frase de cabecera: “El periodista es periodista las 24 horas”. Nos planteó que debíamos pensar como periodistas en todo momento. Si veíamos algo diferente durante nuestra rutina —un edificio nuevo, una obra novedosa o incluso personas desconocidas que aparecen por lugares que no suelen aparecer— había que averiguar de qué se trataba por más que no estuviésemos en horario laboral. Nos hizo ver que las noticias podían estar en cualquier lado. Y nos enseñó a ser más curiosos que la media. Curiosos profesionales.

Cuarto año y la finalización

Si tercer año fue el descubrimiento de la profesión, cuarto año fue la consolidación. Nos “agarró” con más conocimiento de las técnicas y con una mayor facilidad para “pensar como periodistas”. Descubrimos, a través de la materia dictada por Tomás Linn y Guillermo Draper, los dilemas éticos y profesionales con los que el oficio lidia constantemente. La relación con las fuentes, las amenazas al momento de

querer publicar una noticia y las presiones externas que el periodista sufre cuando tiene una información que puede perjudicar a una persona poderosa. Como un periodista, para mantener su independencia, debe ser imparcial y no cumplir un doble rol de militante político y periodista. Ni siquiera vender publicidad. Había que hacer todo lo posible para ser veraz. Y nunca creernos el centro de la atención por más que en algún momento sacásemos a la luz una noticia importante. Siempre abajo del escenario.

En las otras asignaturas también crecíamos y las correcciones eran más rigurosas. La mayoría ya trabajaba o habían hecho pasantías y eso implicaba una exigencia mayor. Ya la relación con los profesores era otra y las conversaciones con ellos eran más de colega a colega que de profesor a alumno.

Toda la experiencia universitaria nos iba formando en lo que nos gustaba y lo que no tanto. Cada uno iba haciéndose un perfil académico y laboral. En el último semestre, paralelamente a la carrera, participé de la Escuela de Periodismo del Semanario Búsqueda con Claudio Paolillo. Al finalizar el curso, me comunicaron que había sido seleccionado para una pasantía de tres meses. Era el momento de experimentar, en una redacción, todo lo aprendido en la Licenciatura en Comunicación Social. Pero no fueron solamente tres meses, fue un año entero. Y que, para mi formación, fue la experiencia más fuerte.

Experiencia Búsqueda

El lunes 5 de febrero de 2018 ingresé a la redacción del semanario. Era un pasillo largo y angosto donde los escritorios estaban contra la pared. Como si fuese un avión. Caminaba por el centro mientras a la derecha y la izquierda, iba descubriendo periodistas sentados en sillas viejas. Algunos hablaban por teléfono fijo. Otros, con auriculares, escribían y revisaban anotaciones en sus libretas. Después me daría cuenta que estaban desgrabando una entrevista y/o una charla telefónica. Y que eso formaría parte de la rutina laboral. Desgrabar una entrevista es algo que García Márquez aborrecía pero Randall, en la tercera edición de su libro en 2008, ya sabía que los tiempos habían cambiado. “Pasaron los tiempos en los que se necesitaba de un reportero con un bloc de notas cualquiera y una pluma. Ya no es así. Hoy hacen falta un teléfono móvil, un ordenador portátil, una cámara digital (...) y las grabadoras son especialmente adecuadas para las entrevistas” (Randall, 2008. p.71).

La primera tarea que me encomendaron los editores fue, junto con el otro pasante, averiguar si los actuales intendentes habían colocado familiares en su comuna durante su gestión. Días atrás, Telemundo había informado que el intendente nacionalista de Artigas, Pablo Caram, había hecho ingresar a ocho familiares directos sin realizar un concurso. A raíz de esa información, la idea era ampliarla y recabar sin en las 18 intendencias restantes habían sucedido situaciones de nepotismo similares.

¿Cómo se podía recabar información? La búsqueda inicial fue ir a buscar los organigramas de las comunas en sus respectivos sitios web oficiales. Ese rastreo permitía encontrar algún apellido en común entre los intendentes y los mandos medios. Pero eso no podía ser la única manera o técnica a emplear. Eso era algo que en la facultad nos habían enseñado y que Randall también explicaba en su libro. Se debía “tratar a las páginas web como a cualquier otra fuente. Internet no es una oportunidad desperdiciada (...) el problema surge en los sitios que parecen de confianza pero no lo son (Randall, 2008. p.76)

A partir de la información obtenida en las redes sociales, había que empezar a llamar a dirigentes. Tanto para que nos confirmen los datos iniciales, para que nos los desmientan o para que nos aportaran más detalles.

Había que pensar quiénes serían los que nos podían aportar esa información que estábamos buscando. Ediles de los partidos opositores podían ser buenas fuentes. Como rivales políticos, tenían un interés de perjudicar al partido que ejercía la dirección de la comuna para su propio beneficio. Como también podía ser el sindicato, que suele tener enfrentamientos con las autoridades. Porque, como había aprendido y escuchado durante las clases en la Universidad, quienes te aportan información, pretenden que esa información sea publicada para su beneficio personal. Esa fuente puede pasarte una información sobre un correligionario para perjudicarlo en alguna futura contienda o transmitirte algún dato sobre algún funcionario opositor para dejarlo mal parado ante la opinión pública. Las fuentes no buscaban darle transparencia a la función pública ni desenmascarar a los corruptos para “limpiar la política”. Esa función pertenece a los periodistas. Como se expresa en el Libro de Estilo de El País de Madrid (2014) “El periodista solo se debe a su público” (p.27). Y lo estaba comprobando en carne propia. Todo lo que había remarcado Darío Klein en Campo Profesional sobre la relación con las fuentes y Tomás Linn en Dilemas Profesionales se estaba dando el primer día. El aprendizaje teórico se estaba llevando a la práctica.

Al finalizar la jornada laboral del martes teníamos varias informaciones chequeadas con más de una fuente. Los opositores habían accedido, sin mayor problema, a darnos información sobre familiares de los jefes. Habíamos logrado chequear más de un familiar. Tendríamos todo el miércoles para terminar de chequear y escribir la noticia. No sería una nota que abarcara una página entera del semanario sino un recuadro dentro de una página que tenía una noticia principal. A raíz de esa nota conocería más términos utilizados específicamente en el periodismo gráfico, sobre todo de los periódicos en papel. Una “cabeza de página” era la nota principal de esa hoja, que podía abarcar la página entera, media o un cuarto, dependiendo si la página tenía un recuadro, que era una nota más chica que no tenía por qué estar relacionada con la noticia principal o un aviso publicitario.

Al llegar el miércoles a la redacción, nos encontramos con la novedad de que un diario había sacado una noticia muy similar a la que teníamos programada. Denunciaba familiares colocados en las intendencias con los mismos detalles. Lo rescatable es que no todos los familiares de los que nosotros teníamos la información estaban incluidos en esa nota. Pero aparecían más de la mitad. Nuestros editores nos informaron que la noticia ya no tendría el mismo impacto por lo que el recuadro disminuiría de tamaño, lo que haría restarle importancia. “Les quemaron la nota”, nos dijeron. Con el correr de los meses, esa situación también se convertiría en parte de la rutina semanal. Esa era otra diferencia entre lo laboral y lo universitario. La competencia entre los colegas por la información. Entre los diarios que corrían con ventaja por salir todos los días y los semanarios que debían aguardar para salir una vez por semana con la esperanza de que su información averiguada no fuese publicada por otro medio de comunicación.

De todos modos, de los trece familiares de los que pensábamos informar, nos quedaban seis para divulgar. Había que terminar de chequear esas informaciones e intentar hablar con los protagonistas, fuesen los familiares o los propios intendentes.

Con el correr del miércoles, la información se terminó de chequear. Muchos intendentes no accedieron a hablar con nosotros y otros se mostraron enojados. Lo llamativo e impactante fue la llamada de un intendente a mi teléfono de la redacción donde me increpó por estar averiguando cosas “por afuera”. A continuación, reconstruiré parte del diálogo sin especificar el nombre del intendente.

I: Hola, ¿hablo con Martín Prato?

P: Si, con él habla, intendente,

I: Decime, ¿por qué estas averiguando por afuera sobre mi familiares y no me llamás a mi directamente?

P: Intendente, había que chequear la información previamente y pensaba llamarlo. Ya que me llamó, ¿me podría decir si su mujer y su hijo trabajan dentro de la intendencia?

I: Es mi ex mujer, que ingresó durante la administración anterior. Y mi hijo trabaja en un programa de colonia de verano durante estos tres meses.

P: Pero, entonces, ¿su hijo fue contratado durante su gestión?

I: Si

Alguien le había pasado el dato al intendente. De todas las personas contactadas que podían tener información, alguna le había comentado al intendente de nuestra búsqueda. Randall volvía a aparecer en las lecciones. “Cuando haya opción (de llamar), hay que pensar antes de decidir a quién llamar. Mucha de la información que buscamos estará en poder de las diversas fuentes, pero algunas tenderán a ayudarnos más que otras” (Randall, 2008, p.81). En esta ocasión, habíamos estado al borde de que la investigación quedara trunca.

En mis primeros tres días ya había vivido en carne propia cosas que la universidad y la academia me habían aportado de forma teórica. Las charlas con las fuentes, la experiencia de perder una noticia en manos de otro colega y el enojo de los políticos por estar husmeando y controlando su gestión. Ese día finalicé mi jornada laboral pasadas las 23 hrs. El cierre de la edición que saldría el jueves 8 de febrero a la mañana. Jornada larga y cansadora que también se convertiría en parte de la rutina.

Ese miércoles también me llamó la atención la gran cantidad de veces que los editores se reunían y que los periodistas salían a hablar por teléfono con sus fuentes. Y escuchar los comentarios sobre las noticias que estaban escribiendo. Era, como se dice en la jerga, estar en “la cocina” de la información.

Al otro día, las felicitaciones fueron múltiples. Habíamos pasado la primera prueba con un recuadro en el que la información había sido chequeada por varios lados y bien explicada. Nada mal para ser los primeros días en una redacción de periodistas de muchísima experiencia. Pero a pesar de ser el centro de atención, tenía que tener claro

las palabras que Linn y Draper nos habían dicho. Que nunca fuéramos los protagonistas. En Junio de 2018, a raíz de algunos inconvenientes con colegas de otros medios, el director periodístico de *Búsqueda*, Andres Danza escribiría una columna titulada “Nunca arriba del escenario”.

En los 46 años de vida de *Búsqueda* son varios los casos de presunta corrupción que se han ido denunciando y en los que el semanario aportó datos relevantes a través de investigaciones periodísticas más o menos prolongadas. En algunos de ellos actuó la Justicia o el Parlamento o el Poder Ejecutivo y en otros no, por más evidentes que fueran las irregularidades. Ni en unos ni en los otros nos pusimos como protagonistas ni mucho menos nos atribuimos la responsabilidad de lo resuelto por las instituciones democráticas de nuestro país. Ya lo hemos dicho muchas veces desde esta página editorial, pero hoy es necesario repetirlo: el rol del periodismo es informar. Ni más ni menos que eso. Los periodistas divulgan la información y los poderes del Estado actúan o no, según lo entiendan pertinente (...). Siempre nos encontrarán en el mismo lado, en la primera fila de la platea para poder contarles de la mejor manera lo que está ocurriendo, pero nunca arriba del escenario. Los focos los dejamos reservados para los que verdaderamente ocupan el poder y deben ejercerlo. No somos los periodistas los actores principales por más que algunos sientan la tentación de serlo (...). Así seguiremos, porque no es ni al gobierno ni a la oposición ni a la Justicia a los que nos debemos (...) Solo a ustedes, nuestros lectores, es a quienes les rendimos cuentas jueves a jueves. (Danza, 2018)

Estaba todo claro. Ni una felicitación, un regalo o un elogio de más nos podía sacar del foco. No éramos, ni somos ni seríamos los protagonistas. Siempre “lejos de los flashes”, funcionando como contralor de los poderes de turno, con el fin de debernos a nuestros lectores.

Ese viernes concurrí por primera vez a la reunión semanal. En esa reunión, el director periodístico preguntaba a cada uno de los periodistas sobre qué tema pensaban escribir la semana siguiente y recomendaba enfoques sobre cómo encararlas. En mi caso, las charlas con los dirigentes opositores de las intendencias también se habían basado sobre otras irregularidades que ellos notaban en sus comunas. Por lo que, en la reunión, comenté sobre esas informaciones y también fue bien recibida por los editores. Tocaba volver a profundizar y chequear sobre eso. El viernes a las 19 hrs finalizaba mi primera semana en la redacción. Cansado pero convencido de que el trabajo estaba dando sus frutos en lo personal y en contribuir con una sociedad más informada. En una semana el aprendizaje había sido muy intenso. Y no pararía durante todo el 2018.

Presiones e insultos

A medida que las semanas pasaban, las responsabilidades se hacían mayores. Las cuatro horas iniciales de horario a cumplir se habían convertido en más de ocho. Cada vez que un periodista de la redacción no podía, por determinadas cuestiones, ir a cubrir una conferencia de prensa o evento de interés público, era yo quién tomaba su lugar. Así recorrí los juzgados, las sedes de los partidos políticos y de sindicatos, todas las organizaciones gubernamentales y varias de la sociedad civil. El paso intenso por las distintas áreas de cobertura traía consigo la experiencia que no podía conseguirse en la universidad. No solo por estar en los lugares de los hechos y entablar relación con las fuentes, sino también por las horas de estudio que llevaba interiorizarse del funcionamiento profundo de cada tema de cada área y sus diferentes secretos. En todos esos lugares había que mostrarse como un par. Como Darío Klein había comentado en la universidad.

La noticia de los familiares de las intendencias había causado buena impresión adentro y afuera de la redacción. Y a su vez había generado fuentes con buena información. Conversando con una fuente de la intendencia de Florida, me alertó sobre un conflicto de intereses del director de Cultura de la comuna, Álvaro Riva Rey. El jerarca, además de ocupar un puesto de dirección departamental, era dueño del diario regional, El Herald. Ese diario recibía pauta publicitaria oficial, lo que hacía que se incumpliera con el estatuto del funcionario público, que advierte que los directores de organizaciones del Estado no pueden contratar servicios pertenecientes a integrantes o familiares que trabajen dentro de la estructura de la organización.

La fuente me entregó un pedido de informes que había realizado un par de meses atrás. Chequeada esa información, llamé a Riva para que diera las explicaciones que consideraba pertinentes. Durante la charla, luego de buscar todas las justificaciones posibles, terminó admitiendo su equivocación.

Semanas después, el director periodístico me comunicó que Riva estaba en Montevideo y quería charlar cara a cara conmigo en buenos términos. Accedí a juntarnos en la redacción. Su cara se transformó cuando ingresé a la sala en la que me esperaba. No pensaba que fuese un periodista joven.

A medida que la charla pasaba, Riva se fue enojando con la situación. Y al enterarse que la conversación telefónica había sido grabada (algo que debía tener claro

dado que lo había llamado para comunicarle la noticia que saldría en el próximo número) estalló. Al grito de “pendejo de mierda, te voy a cagar a piñazos”, se levantó de la silla y tiró la carpeta al piso. Abrí la puerta de la sala y lo invité a retirarse. Salió gritando por los pasillos y me desafió con un “¿tenés miedo, cagón?”.

Días después, llamó para disculparse al director periodístico y a mi teléfono de la redacción. Quizás por miedo a que esa situación se difundiera o por recomendación de sus superiores de no pelearse con periodistas de un semanario con prestigio. Nunca se sabrá. Lo que sí sabía era que meterse con gente poderosa, de ámbitos públicos o privados, generaba presiones, amenazas e insultos. Había sido partícipe de una situación que solía escuchar en las anécdotas de los colegas. Y que tanto Tomás como Guillermo nos habían remarcado en la facultad sobre los conflictos de interés que generaba ser periodista y ocupar un cargo público. Incluso en *Búsqueda*, existía la norma de no compatibilizar el periodismo y la política. Claudio Paolillo (citado en Linn, 2007) afirmaba que “un periodista no puede ser un asesor de prensa de un ministerio y además cubrir la información. Si acá hay un funcionario público con responsabilidad o con algún grado de jerarquía, el cuerpo lo segrega, está mal visto”. Con esa situación había vivido una doble experiencia. El remarcarle a un político sobre su doble función y la amenaza posterior tantas veces escuchada. Había llenado otros dos ítems en el formulario del aprendizaje.

Ahora te toca a vos

Abril estaba finalizando. La pasantía también. En la redacción, dos compañeros se ausentarían medio año por razones personales y podía haber una posibilidad de que me quedara a suplirlos durante ese ínterin. En el último mes, compañeros me habían dado la posibilidad de seguir temas y ayudarlos en sus notas. Un informe sobre la situación de los zoológicos municipales junto con dos compañeras había sido mi primera nota firmada. Me había tocado recorrer el zoológico de Atlántida y el de Salto, que se encontraban en muy malas condiciones.

Una de las compañeras que se retiraba momentáneamente era María Paz Sartori, periodista de Salud, Ciencia y Medio Ambiente. Un informe, escrito en conjunto, sobre los suicidios en Uruguay y la respuesta del Ministerio de Salud Pública ante la problemática había sido elegido para la contratapa de ese número de *Búsqueda*. Otra señal del viejo periodismo gráfico. Cuando una nota era elegida para ser la contratapa significaba que se la jerarquizaba por encima de otras. Otro hecho periodístico que se

encuentra en vías de extinción por la explosión de internet, los sitios web y las redes sociales. No solo la contratapa, por la casi desaparición de la prensa en papel, está en extinción. También la jerarquización según la relevancia de interés público también se encuentra deteriorada. La “dictadura de los clicks” está haciendo que los medios prioricen notas que aseguran lectores. Pero a lectores que no están interesados en política pura y dura sino en espectáculos televisivos o conflictos menores.

Ese informe sobre los intentos de autoeliminación fue el último que escribí como pasante de Búsqueda. Ese mismo jueves me comunicaron que quedaba prácticamente a cargo de Salud, Ciencia y Medio Ambiente durante la ausencia de María Paz. Quedaban dos meses para que ella se retirara y esos dos meses serían necesarios para ir ingresando en la sección con su apoyo permanente.

Con su ayuda, comencé a recorrer todos los organismos públicos y privados referentes en la toma de decisiones. Las facultades de Medicina, Química y Ciencias. Así como el Instituto Pasteur o el mismo Ministerio de Salud Pública (MSP). Y también los hospitales públicos y privados

En paralelo, como parte de la sección de Información Nacional, se me asignó la cobertura de la Administración de Ferrocarriles del Estado (AFE). La empresa estatal ferroviaria parecía algo olvidado dentro del organigrama estatal y bastante lejano al interés de la audiencia. “¿A quién le puede interesar lo que pasa en AFE si nadie se toma un tren?”, era mi pensamiento cuando me comunicaron la decisión.

Las dos áreas de cobertura implicaban estudiar a fondo el funcionamiento y los entretelones de cada uno de los organismos. Su organigrama, sus diferentes oficinas y competencias y los conflictos que cada una tenía y por qué. En AFE debía interiorizarme de la estructura de funcionamiento, a quién respondía la empresa, de donde provenían sus ingresos, donde invertían sus ganancias que generaban, para luego comenzar a buscar noticias entre las fuentes. Había que encontrar la manera de que una empresa, que parecía no importarle a nadie, empezara a tener un interés noticioso.

En la otra sección sucedía algo similar pero mucho más abarcativo. Era necesario saber que temas se discutían en los diferentes organismos de Salud, de Ciencia y de Medio ambiente. La mayoría de los temas tenían un componente técnico hecho por y para profesionales de los ámbitos. Eso significaba no solo entender esa complejidad para poder relacionarme y entrevistar a los tomadores de decisiones sino

también para bajar esos temas a tierra con el fin de escribir un artículo periodístico que debía ser leído por una audiencia mayor y diferente a la de una revista médica o científica.

Diferencias entre las áreas de cobertura

“AFE es lo mejor para arrancar y meterse”, me comentaban varios compañeros de redacción. Esa opinión se fundamentaba partiendo de la base de que casi ningún medio tenía una cobertura constante sobre noticias de la empresa ferroviaria. Eso generaba que sus directores siempre estuviesen dispuestos a hablar con Búsqueda, para sobresalir y/o intentar aparecer (aunque sea de forma mínima) en la agenda pública.

Además era (y sigue siendo) la empresa pública con menor cantidad de presupuesto y empleados, a diferencia de otras empresas públicas que cuentan con un inmenso organigrama. AFE contaba con una estructura muy vieja y rígida (desde la expropiación por parte del Estado a las compañías de trenes inglesas a comienzos del Siglo XX) que incluía tener una enorme cantidad de vías ferroviarias sin uso ni mantenimiento y un sindicato que chocaba constantemente con la dirección y recurría a los actos de protesta de forma habitual a raíz de su descontento con las decisiones tomadas por los jefes. Definitivamente, cubrir el organismo se convertía en algo desafiante.

Cubrir una empresa pública lleva a relacionarte con, principalmente, los dos sectores que pugnan por el poder de decisión. Los directores oficialistas eran fuentes que solían dar información sobre el sindicato. El director opositor solía filtrar las decisiones de los directores oficialistas y los referentes sindicales solían cuestionar las decisiones gerenciales y hacer medidas de protesta. Generar una relación de confianza con las principales figuras de esos sectores era necesario para conseguir información de interés público. No había manera de conseguir información sin una comunicación fluida y casi diaria con las fuentes.

Con Salud, Ciencia y Medio Ambiente la cobertura y el seguimiento de los temas de interés público era diferente. Si bien era necesario generar buena relación con directores de organizaciones del sector público y privado, tener un tema para escribir era mucho más sencillo. Todas las semanas, sin excepción, acontecían conferencias médicas de todas las ramas, conferencias científicas y de temas ambientales. En esas conferencias solían debatir tres o cuatro expertos e incluso solían haber eventos de dos o

tres días de duración. No siempre era necesario conversar con fuentes para saber que acontecía dentro de los organismos o que novedad podía darse a conocer. La mayoría de las notas escritas se basaban en temas dictados en esas conferencias que luego podía profundizar conversando de forma privada con los expertos. Pero aparte de las conferencias con personalidades nacionales, también abundaban las posibilidades de hacer entrevistas exclusivas a expertos internacionales que venían a ofrecer charlas a Uruguay.

Como toda sección, tenía su pro y sus contras. El pro radicaba en que era prácticamente imposible no tener una noticia para la página. Por tema más intrincado de entender que fuese, siempre alguna “punta” se lograba identificar para luego pasar a una noticia. Las contras de la sección tenían que ver con la complejidad. Como expliqué anteriormente muchos de los temas expuestos en las conferencias eran difíciles de entender, contenían jerga científica, lo que dificultaba bajarlos a tierra para el ciudadano común. Eso llevaba a tener un excesivo cuidado sobre los términos y conceptos a utilizar. Eso también llevaba a llamar a expertos constantemente para evitar cometer errores cuando la noticia requería una explicación más minuciosa. En AFE la situación era distinta. Las noticias solían ser de conflictos políticos entre partes pero no era sencillo que todas las semanas sucediera una situación de interés público que ameritara contar.

Estar siempre alerta

Alertas en la cobertura de Salud, Ciencia y Medio Ambiente

Aparte de que las dos secciones requerían tener una relación diferente con las fuentes (en AFE era 100% necesario la relación de confianza para conseguir información, en Salud no era algo excluyente), también había que estar alerta de distintas informaciones falsas (conocidas en la jerga periodística como “cáscaras de banana”) que las fuentes te podían proporcionar para perjudicar a otra parte.

La primera advertencia que me dio Paz Sartori cuando ingresé a Salud fue sobre la relación entre los laboratorios y los expertos que recomendaban medicamentos. “Vos siempre fijate si ese experto que recomienda el medicamento trabaja en el laboratorio que lo fabrica. O quién financia la conferencia”. Era una advertencia vital para no caer en los engaños. No se podía citar al experto sin aclarar su relación con el laboratorio. Porque no citarlo era “hacerle el juego” al laboratorio que pretendía que su producto

tuviere una mayor reputación. Podía generarse una situación de conflicto de interés y que Búsqueda saliera expuesto. En esta situación, lo aprendido en el curso de Dilemas Profesionales fue clave. Nuevamente estaba experimentando algo que me habían contado en un salón de la universidad.

Otra recomendación similar fue ante los pedidos de entrevistas que llegaban por parte de las agencias de comunicación. Semana tras semana caían invitaciones y solicitudes de entrevistas a médicos o científicos extranjeros. Había que filtrar esas invitaciones y entender cuáles eran comerciales y cuáles podían tener un interés periodístico. Búsqueda tenía, por política, no hacer notas comerciales. Por esa razón, las agencias intentaban hacerte creer que esa entrevista tenía un interés periodístico. “Vos preguntá bien quién es el experto, a qué viene y pedí su curriculum. Si ves que es un engaño, rechazala o mandalos a hablar con la dirección comercial”, fue la recomendación de Paz. Eso era otra situación de aprendizaje. Desde el 2014, cuando arranqué la facultad, hasta esta situación acontecida a mediados de 2018, los conceptos adquiridos “reventaban” en mi cabeza. Y seguirían intensificándose.

Pero esas recomendaciones solamente se adquirirían en una redacción en la que el trabajo en equipo era recurrente. Hoy, que las redacciones se están achicando y que muchos medios escritos están “yendo” hacia un formato free-lance donde el periodista trabaja desde su casa, eso se está perdiendo. En Búsqueda todavía ese espíritu de “viejo periodismo” se mantiene. Y eso no te lo da la universidad ni las redacciones actuales con periodistas que rotan constantemente que hace que la empresa no pueda generar una cultura organizacional entre los periodistas.

“En el semanario se ha entendido que su manual de estilo está resumido en el contrato que asegura la total independencia de su redacción respecto a las autoridades (...) y el absoluto sometimiento a la tarea de reflejar la verdad de la mejor manera posible y transmitírselas a sus lectores. (...) No hay reglas únicas y eternas; los tiempos cambian, los contextos cambian, las situaciones cambian y en función de ellas se va formando una forma de actuar”. (Linn, 2004.p8)

Ir con un compañero a realizar una entrevista era aprender. Aprender qué preguntar y cómo hacerlo. A repreguntar. A negociar que parte de la entrevista podía ser citada. Pero no solo se aprendía durante la entrevista. Se aprendía antes, en el ómnibus yendo hacia el lugar o en la sala de espera mientras esperábamos que nos hicieran pasar. La facultad te daba la posibilidad de hacer entrevistas, pero generalmente era en un tono

coloquial, no inquisidor. Estas entrevistas se asemejaban a ser más un policía o un abogado.

Una de las primeras conferencias que cubrí era sobre los medicamentos de alto costo. Organizada por diferentes laboratorios, un “experto farmacéutico” argentino contaba sobre la creación de un medicamento “biosimilar” que ingresaría al mercado uruguayo por autorización del Ministerio de Salud Pública. Un medicamento “biosimilar” es un medicamento biológico que dice tener la misma calidad y resultados que el medicamento original utilizado. Pero como el medicamento original (y el laboratorio farmacéutico que lo fabrica) tiene la protección de la patente, los otros laboratorios buscan la forma de competir contra el original mediante la creación de los biosimilares. Y eso hace, en teoría, que el laboratorio que tiene el medicamento patentado deba bajar el precio. Por esa competencia de mercado es que la relación entre los laboratorios farmacéuticos suele tener idas y vueltas.

Durante la conferencia, el experto aclaró que trabajaba para el laboratorio que fabricaba el biosimilar que estaba recomendando, algo que, como ya comenté, no era habitual. Luego de las entrevistas y charlas con las fuentes, definimos que la nota iría en base a la noticia de que el MSP había autorizado el ingreso del primer medicamento biosimilar al mercado uruguayo y cómo eso repercutiría tanto en el mercado como en los precios. La idea era conversar con el ministro de Salud Pública, Jorge Basso, y a representantes de los laboratorios involucrados para conocer su posición a favor y en contra.

Una semana antes de que la nota estuviese por salir, surgió un conflicto. En Galería habían realizado una nota comercial (paga) al experto argentino. Y no habían aclarado que trabajaba para el laboratorio fabricante del biosimilar. Esa nota provocó el enojo de los representantes del otro laboratorio, del que tenía la patente. Ese enojo derivó en la decisión de no dar declaraciones al semanario y de lanzar un comunicado público en el que manifestaban su posición.

Esa situación complicaba el enfoque de la nota. Para iniciar, no tendríamos declaraciones “on the record” de los representantes del laboratorio. Pero además, el comunicado alertaría a otros medios sobre el conflicto y podíamos perder la primicia. Negociación mediante, logramos adelantar nuestra nota una semana con la condición de que el comunicado fuese publicado exclusivamente en Búsqueda en la misma página.

Los enojos de los involucrados podían llevar a esas decisiones de no hablar más con el medio. Había que cuidar esa relación. Y más con los representantes de un mercado muy redituable, competitivo y complejo como el farmacéutico donde el conflicto, sobre todo por los montos económicos que se manejan, es permanente. Cada paso en falso, aunque fuese pequeño, era exponerse ante personalidades de mucho peso e injerencia.

Alertas en AFE

En AFE había que prestar una importante atención a la información que las fuentes te proporcionaban. Las informaciones no siempre eran contrastables, incluso muchas veces no terminaban siendo publicadas por su poca veracidad. Todo pasaba por distintos filtros. La información de la primera fuente era impactante pero luego del chequeo, habitualmente sucedían dos cosas. O la información no era del todo veraz o algunos datos eran imposibles de confirmar. Y en cuanto al chequeo, Búsqueda era implacable. No podían ser menos de tres fuentes independientes las que confirmaran la información. Por lo tanto, salvo que hubiese un documento que confirmara la información inicial, los datos de la nota publicada eran menos de los presumidos anteriormente o su enfoque debía cambiar dado que la información chequeada no era la esperada. Incluso, los días de cierre era necesario volver a chequear la información para no caer en equivocaciones que podían perjudicar a un involucrado y a evitar las desmentidas. Era, otra vez, reafirmar los conceptos de Randall: “La razón más habitual del fracaso en una historia no es una mala redacción, las citas manipuladas o una pobre elaboración, sino que es una investigación inadecuada. (...) o dispones de materia prima o no dispones de ella (...). Cuando no existe la materia prima, la historia saldrá desdibujada y torpe”. (Randall, 2008.p.72).

Pero así como muchas veces se podía conseguir información a través de las fuentes, en otras la posibilidad de acceder era más complejo. O las fuentes solían cerrarse o te mandaban a hablar con alguien que podía no querer pasarte una información. Había que ingeniarse.

Por suerte para los nuevos periodistas, existe la herramienta de la Ley de Acceso a la Información Pública N° 18.381, creada en 2008. Eso era una ayuda más para investigar a pesar de las dificultades en su implantación y la discrecionalidad con la que los organismos públicos aceptan o rechazan las solicitudes de acceder a información pública. La ley ha ayudado a reducir procesos para una investigación. Pero no era infalible.

La nota planeada en Búsqueda consistía en hacer pedidos de acceso a la información pública a todos los organismos públicos. ¿El motivo? Meses atrás, el presidente de la República, Tabaré Vázquez, había emitido un decreto que obligaba a todos los ministerios y oficinas públicas a rendir cuentas de los viáticos otorgados para los funcionarios durante los viajes al exterior. Se debía especificar el monto otorgado, gastado y devuelto al organismo por cada uno de los viajeros. Nuestra intención era saber si, meses después de puesto en práctica, los organismos estaban cumpliendo con lo impuesto por el presidente.

Los plazos estipulados para acceder a la información eran de 40 días hábiles como máximo, pero como no había control ninguno dado que la Unidad de Acceso a la Información Pública no podía obligar ni sancionar a los organismos que no daban la información dentro de los plazos exigidos por la ley, publicar la nota se extendió más de lo previsto. Incluso, mientras todavía faltaban llegar pedidos de varios organismos, Presidencia sacó un comunicado en su página web con la información de sus propios viáticos, la misma información que nos había proporcionado. El temor a que los demás organismos imitaran la actitud del organismo presidencial hizo que la nota fuese publicada sin la totalidad de los pedidos de acceso realizados. Aprendizaje continuo. Otra vez. No siempre confiar en la información oficial.

Y otra nota en la que también hubo que esperar (y bastante) fue una de un relevamiento a los 130 legisladores. Eran preguntas personales sobre su relación público/privado en temas de educación, salud, seguridad social y bancos de preferencia. Con esa nota queríamos reflejar que tanto los legisladores, encargados de votar las leyes y de representar a sus votantes, utilizaban los servicios del Estado. Si se atendían en salud pública o privada, si utilizaban un seguro estatal o privado o si mandaban a sus hijos a educación pública o privada. Muchos legisladores era difíciles de ubicar dada su rutina por lo que terminó siendo una nota que fue publicada seis meses después de que hiciéramos el primer cuestionario. También era necesario tener cuidado porque muchos legisladores eran requeridos por compañeros para otras notas más importantes por lo que había que estar atento de no entorpecer alguna investigación más escabrosa. Era seguir escalando en la montaña del crecimiento profesional que había comenzado en 2014, con la conferencia del, entonces rector, Eduardo Casarotti, en el Aula Magna de la Universidad Católica.

En la Universidad Católica, el aprendizaje era paulatino, como mencioné anteriormente. En la redacción también lo era pero en menor tiempo. No había dos parciales por semestre. Los parciales eran semana a semana. El stress y la adrenalina también eran mucho mayores. La responsabilidad también. Porque a medida que la vida va pasando, las responsabilidades comienzan a ampliarse. Y aprender a lidiar con ellas es parte del crecimiento personal y profesional.

En la película de El Hombre Araña aparece una frase icónica y bastante recurrente. “Un gran poder conlleva una gran responsabilidad”. Frase que se aplicaba a Búsqueda. Trabajar en un medio prestigioso tenía su gran poder. Acceder a información que no otros medios podían hacerlo. Ni que hablar como estudiante. Como estudiante era difícil acceder a personalidades públicas. Pero las técnicas aprendidas en la carrera solían estar presentes cuando había que entrevistar o conseguir información trabajando en un medio.

Pero también tenía su gran responsabilidad. Equivocarse en un dato de un informe para la facultad tenía su repercusión y causaba bronca. No había frustración más grande cuando los profesores marcaban los errores frente a los compañeros. Pero, luego, eso sería algo menor. La responsabilidad de no errar al dato en Búsqueda era ampliamente mayor y errarle podía causar complicaciones al periodista y al medio. Como me sucedió.

En una oportunidad, dimos la información de que la empresa de transporte COPSA se encontraba intervenida por la Justicia Civil. A la semana siguiente, autoridades de la empresa amenazaron con hacer juicio acusándonos de mentir en la información. La amenaza quedó por el camino. Pero era una muestra de que una pequeña “coma” que estuviese fuera de lugar, podía hacer que una nota, aunque no tuviese errores, fuese desacreditada.

En otro momento, me tocó equivocarme el nombre, la foto y el cargo de un especialista de la Unión Europea que había venido a dar una exposición sobre el cambio climático a Uruguay. En el Hotel Radisson, se organizaba una convención mundial sobre el cambio climático con especialistas extranjeros de organizaciones tales como las Naciones Unidas, la Unión Europea o la Organización Mundial de la Salud. Nos habían ofrecido una entrevista en exclusiva con ese especialista europeo. Al terminarla, me

felicitaron por haber estudiado previamente para la entrevista y haber hecho preguntas adecuadas para “bajar a tierra” el tema para que el lector pudiese entenderlo.

Pero un error compartido entre los editores, la parte gráfica y yo, generó un enojo y un llamado de atención de los editores. Hubo que salir a pedir disculpas en la siguiente edición. Y lo que había sido una felicitación se transformó en una conversación sobre mi irresponsabilidad. Porque tener el poder de informar verídicamente al ciudadano conllevaba una gran responsabilidad. Y más en Búsqueda.

La carrera, la experiencia laboral y la vida misma.

La licenciatura en Comunicación Social se asemeja mucho al concepto de posmodernidad. Es una carrera que tiene diversos enfoques, diferentes maneras de encararla y de ejercerla. Es una carrera que tiene mucha incertidumbre. Porque se reciben muchos estudiantes para los puestos de trabajo que hoy se encuentran disponibles. Pero eso también es un aprendizaje. El saber lidiar con esa incertidumbre. El saber seguir lo que te gusta, tu sueño, más allá de la posible inestabilidad laboral con la que te puedas encontrar. Muchos padres aconsejan a sus hijos que no estudien esa carrera. Quizás sea por miedo al fracaso. La frase “Te vas a morir de hambre” era repetida entre todos los compañeros cuando nos contábamos entre nosotros cómo fue que les dijimos a nuestros padres que queríamos estudiar esta carrera.

En periodismo, quizás la situación sea peor. El cambio de paradigma del consumo de los medios de comunicación hace que haya una crisis de los medios tradicionales. La televisión, la radio y los diarios cada vez son menos consumidos. Y su principal fuente de financiación, la publicidad, mutó hacia las redes sociales. Por eso es difícil para los periodistas jóvenes conseguir un empleo acorde. Porque los medios pretenden tener una redacción con pocos periodistas y muchos pasantes rotativos. Lo que hace que el producto se desvalore y siga perdiendo la batalla ante las redes.

La posmodernidad, según Jean Francois Lyotard (1979) consiste en “la crisis de las metanarraciones” (p.37) . Para Zygmunt Baumann (2000) el concepto es “modernidad líquida” y la frase más icónica de ese libro es que “el cambio es la constante en la sociedad” (p.7). Los cambios sociales, económicos y culturales. Y el periodismo está en eso. En ese cambio constante. No hay un horizonte hacia dónde ir. Antes había una idea. Pasar años en la

misma empresa, escalando puestos de trabajo. Quizás siendo reporteros, luego editores y después directores periodísticos. Esa era la metanarración. En este momento de incertidumbre, surgen nuevas ideas sobre cómo encarar la profesión. Pero tampoco garantizan nada porque no se sabe si la red social que hoy está de moda no desaparecerá en un par de años ante la aparición de una nueva con otras prestaciones. Todo está cambiando constantemente, licuándose todo el tiempo. Posmodernidad en sí misma

Esta reflexión refleja lo aprendido en la carrera de Comunicación Social en la Universidad Católica. A ser capaces de sobrellevar este momento en que no sabemos hacia donde ir pero somos capaces de entenderlo y buscar o teorizar sobre que acontecerá (aunque no lo sepamos) con nuestras fuentes laborales.

Por esa situación, también considero que la carrera ayuda a que aprendamos herramientas que van más allá del énfasis elegido. Porque si, por alguna circunstancia, la profesión no termina de cuajar, hay otros campos donde se puede aplicar todo lo aprendido en la teoría y en la práctica.

Si bien García Márquez y los viejos periodistas defenderán al periodismo de antes como un oficio, yo lo considero profesión. ¿Por qué? En una redacción hubiese aprendido fácilmente sobre cómo chequear una información, que las tres fuentes debían ser independientes, que lo recomendable siempre era mostrar los documentos. Pero hubiese sido más complejo discernir sobre qué es lo importante sobre y para la sociedad. Pero lo que hubiese sido imposible adquirir sin la experiencia universitaria sería la capacidad de análisis que hoy considero tener. Capacidad para leer entre líneas los discursos. Capacidad de análisis de lo que el periodismo significa para la sociedad y la ética y responsabilidad que eso conlleva. Sin esa base, mi experiencia en Búsqueda no hubiese durado ni un mes. Una propuesta de parcial de Periodismo Televisivo I con Gabriel Guzzo consistía en analizar un libro periodístico. Y las palabras de Gabriel fueron estas. “Aparte de aprender de televisión y periodismo, hay que aprender a analizar y reflexionar. Eso es lo que ofrecemos desde la universidad. A diferencia de un curso de BIOS o del IPEP”

La licenciatura fue un aprendizaje continuo. La experiencia laboral también lo es y lo seguirá siendo. En una redacción, en una agencia de comunicación o en algún emprendimiento relacionado con los medios digitales que parecen quedarse con todo el consumo de las audiencias de acá a un par de años. Pero hay cosas que ya quedaron

impregnadas y que no se irán. Otras se agregarán. Pero lo aprendido quedará guardado en algún lugar de la memoria racional y emotiva en el momento de que estemos haciendo una actividad y pensemos “Esto lo hice en la Católica”.

Lista de referencias

García Márquez, G. (Octubre de 1996), *52a. Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa*, Los Ángeles, Estados Unidos. Recuperado de

<http://especialgabo.fnpi.org/las-ideas-de-gabo/el-mejor-oficio-del-mundo/>

Randall, D. (2008). *El Periodista Universal* (Bevia,H). Madrid: Siglo XXI Editores (2008)

Corral, G. (2014). Periodismo: ¿ Profesión u oficio?. *Puro Periodismo*. Recuperado de <http://www.puroperiodismo.cl/?p=23893>

Linn, L. (2004). *Búsqueda: Una historia para ser contada*. Montevideo: Fin de Siglo

EL PAÍS (2014). *Libro de estilo*: Madrid, Prisa Ediciones

Danza, A. (22 de marzo de 2018). Nunca arriba del escenario. *Semanario Búsqueda*. p.2

Liotard, JF. (1979). *La condición postmoderna*. Paris. [Les Éditions de Minuit](#)

Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Polity Press & Blackwell Publishers LTD.